

## 5. La tristeza, enemiga de la alegría

La falta de alegría se denomina tristeza, que es una sensación desagradable, dolor o aflicción, causada por un mal presente y no deseado. Es característico de la tristeza apesadumbrarse ante el mal presente, lo que denota falta de fe y de esperanza.

Según su causa, cabrían tres tipos de tristeza. Hay una tristeza “buena”, cuando es provocada, por ejemplo, por el pecado, propio o ajeno. El mismo Jesucristo la padeció en el Huerto de Getsemaní: “mi alma está triste hasta la muerte” (Mt 26, 37). Una tristeza que podríamos también denominar “fisiológica”, que puede ser consecuencia de la enfermedad o del agotamiento. Y finalmente una tristeza “mala”, causada por la falta de correspondencia a la gracia de Dios, tristeza profunda que tiene su origen en la “enfermedad” del alma. Santo Tomás dirá que su origen es casi siempre la soberbia: “La tristeza mala proviene del desordenado amor a sí mismo, el cual no es un pecado especial, sino la raíz general de todos los pecados” (S.Th., II-II, q. 28, a. 4). En cualquier caso, la tristeza es un enemigo que hace la vida imposible (cfr. CECH, p. 795). De esta tristeza previene san Josemaría: “¿No hay alegría? –Piensa: hay un obstáculo entre Dios y yo. –Casi siempre acertarás” (C, 662).

El que se sabe hijo de Dios no debe dejarse vencer por la tristeza, sea cual sea la causa que la provoque, ni siquiera cuando el motivo son los propios pecados personales: “Cuando te apuren tus miserias no quieras entristecerte. Gloríate en tus enfermedades, como San Pablo” (C, 879). “Los hijos de Dios, ¿por qué vamos a estar tristes? La tristeza es la escoria del egoísmo: si queremos vivir para el Señor, no nos faltará la alegría, aunque descubramos nuestros errores y nuestras miserias” (AD, 92).

*Voces relacionadas:* Filiación divina; Paz.

**Bibliografía:** CECH, pp. 789-795; PABLO VI, Exhort. Ap. *Gaudete in Domino*, 1975; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1976<sup>2</sup>; Ernesto JULIÁ DÍAZ, “Alegría (I. Teología moral)”, en GER, I, pp. 514-516; Philip LERSCH, *La estructura de la personalidad*, Barcelona, Scienza, 1974; Joseph RATZINGER, *Cooperadores de la verdad*, Madrid, Rialp, 1991; Daniel RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*, Madrid, BAC, 1974; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989; José Luis SORIA, *Maestro de buen humor. El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1993; Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona, Plaza & Janès, 1995.

Miguel Ángel MONGE SÁNCHEZ

## ALEMANIA

1. Los inicios de la labor. 2. Los viajes de san Josemaría a Alemania. 3. Desarrollo de la labor apostólica.

Alemania entró muy pronto en los planes de expansión apostólica de san Josemaría. Con la venia y bendición del cardenal de Colonia, comenzó en 1952 la labor estable en Bonn. La razón para la elección de esta ciudad fue, sin duda, que algunos fieles del Opus Dei ya habían trabajado profesionalmente allí; otros, habían ampliado estudios, asistido a encuentros internacionales, trabado amistades, y dado a conocer la Obra (cfr. GUTIÉRREZ RÍOS, 1969, p. 36; THOMAS, 2010, p. 30). Además, Bonn pertenecía a la diócesis de Colonia y Álvaro del Portillo conocía a su obispo, el cardenal Frings, que en 1946 había escrito una carta comendaticia para la aprobación pontificia del Opus Dei (cfr. AVP, III, p. 13); durante su asistencia al Congreso Eucarístico de Barcelona en 1952, el cardenal conoció una residencia universitaria del Opus Dei y visitó al obispo de Madrid, don Leopoldo Eijo y Garay, que le habló elogiosamente de san Josemaría. De hecho, el

cardenal Frings estimaba al fundador, en quien veía, como escribió años más tarde en carta a Pablo VI el 21 de agosto de 1975, un pionero en la espiritualidad de los laicos (cfr. FRINGS, 1973, pp. 149-150; BERGLAR, 2005, pp. 285, 300, 392).

### 1. Los inicios de la labor

Con mucha visión sobrenatural y carente de medios materiales, llegó a Bonn el 10 de agosto de 1952 Alfonso Par, ingeniero, ordenado sacerdote en agosto de 1951. Poco después, visitó al cardenal, que se alegró de que la Obra comenzara a trabajar en Alemania. El mismo año llegaron Fernando Inciarte, Fernando Echeverría y Jordi Cervós-Navarro, los tres con sus estudios recién terminados de Filosofía, Derecho y Medicina respectivamente. Inciarte fue después profesor de las Universidades de Colonia y Friburgo de Brisgovia y, a partir de 1975, catedrático de la Universidad de Münster; y Cervós, catedrático del Instituto de Neuropatología de la Universidad Libre de Berlín, decano de la Facultad de Medicina y vicepresidente de esta Universidad. En 1954 llegó el Dr. Antonio Jiménez, también jurista, que acababa de ser ordenado sacerdote y en septiembre de 1955, José Arquer, arqueólogo, y también recién ordenado.

En 1953 consiguieron un piso en la Kolbenzer Strasse, 129, hoy Adenauerallee, y cuando pudieron disponer del inmueble, instalaron allí la Residencia de Estudiantes Althaus. Algunos de los residentes y de los asistentes a las actividades descubrieron en el Opus Dei su modo concreto de vivir la vocación cristiana: así el estudiante de Derecho Kurt Malangré, supernumerario, que más adelante fue alcalde de Aquisgrán; Klaus M. Becker, entonces estudiante, que fue el primer numerario surgido de la labor apostólica en Alemania; poco después le siguió su amigo Peter Blank. En 1958 abrieron un Centro en Colonia; fue la sede de la Comisión Regional.

En octubre de 1956, llegamos a Colonia Carmen Mouriz, que había estudiado en el Colegio Alemán de Madrid y yo misma, Ana María Quintana, que tenía el título de Profesor Mercantil. Esta llegada marcaba el inicio del trabajo estable de la Obra entre las mujeres, y facilitaba la formación a las que ya se habían incorporado. Eran Käthe Retz, psicóloga; Marlies Kücking, estudiante de Germánicas; Hele Steinbach, farmacéutica, madre de dos hijos y algunas más. Habían reunido en Bonn, donde vivían, un grupo de estudiantes, escolares y señoras que asistían a medios de formación; prepararon así la futura labor.

Poco antes, en su primera visita a Althaus, san Josemaría había expresado su deseo de que las mujeres comenzaran la labor precisamente en Colonia, y así se hizo. Se había conseguido un piso en la Hülchrather Strasse, 6 y, pocos meses después, otro en el mismo edificio. Cuando llegaron, el piso estaba en obras, pues había que renovarlo completamente. También ellas venían con poco bagaje, pero sabiendo que san Josemaría rezaba intensamente por el apostolado en Alemania. Antes de salir de Roma, donde estuvieron un tiempo, habían recibido su bendición. Una vez terminadas las obras, la Residencia se llenó por completo; suponía mucho trabajo. Cuando san Josemaría se enteró de la situación, quiso que fueran enseguida tres numerarias auxiliares: las españolas Emilia Llamas, Atanasia (Tasia) Alcalde y la mejicana Epitacia (Pelanchó) R. Gaona llegaron a Colonia el 7 de junio de 1957.

A partir de ese momento, creció mucho la labor apostólica. En esos años se acercaron a la Obra Franzis Niewel, estudiante, y Annemarie Leven, farmacéutica, compañera de Hele Steinbach. Marga Schraml y Jutta Geiger, alemanas, descubrieron el Opus Dei en el ejercicio de su profesión en Roma. Más tarde, los miembros de la nueva generación, una vez terminados los estudios, ejercieron su profesión

como médicos, profesoras de Segunda Enseñanza, arquitectos, directoras de las Administraciones de los Centros, etc.

## 2. Los viajes de san Josemaría a Alemania

San Josemaría preparó personalmente la futura labor del Opus Dei en Europa Central. En su primer viaje, en noviembre de 1949, escribió desde Milán una carta a sus hijos de México, en la que decía: “Estamos estos días aquí, preparando el *arreglo* de esta casa, y camino de Austria y Alemania, donde vamos a echar una ojeada con vistas a abrir un par de casas también, cuanto antes, con la ayuda de Dios. No dejéis de encomendar las cosas que ahora llevamos entre manos, porque importan mucho para toda la Obra” (AVP, III, p. 332).

Acompañado de otras personas, san Josemaría salió de Roma el 22 de noviembre. Estuvo varios días en Milán, y el 30 de noviembre llegó a Múnich. Se notaba el paso de la guerra por la capital de Baviera. La ciudad estaba medio destruida; el fundador no olvidó nunca la impresión que le produjo. Al día siguiente, después de celebrar la santa Misa en la catedral, visitaron al arzobispo de München-Freising, cardinal Michael Faulhaber, y a otras personas. El cardinal se mostró muy cordial con el fundador, interesándose por la Obra. A los pocos días, san Josemaría estaba de regreso en la Ciudad Eterna, poniendo fin a este primer viaje –de 3.490 kilómetros– de preparación de la labor de la Obra en Europa Central.

Desde Roma, san Josemaría seguía la labor de sus hijos en Bonn. En cuanto pudo, los visitó. El 1 de mayo de 1955 estuvo por primera vez con ellos en Althaus. Se interesó por cada uno de ellos. Le gustaron mucho la situación de la casa y las posibilidades que presentaba. Por lo que se refería a su estado, escasez de muebles y pobreza de las habitaciones, les hizo ver que había que superar esa etapa cuanto antes.

Al día siguiente, 2 de mayo, estuvo de nuevo en Althaus. El fundador se sentía feliz junto a sus hijos en Alemania y con una gran esperanza al pensar en las muchas personas a las que el Señor llamaría a la Obra. Dirigiéndose a uno de los presentes, dijo: “Hijo mío, ¿no te hace ilusión ver la confianza que el Señor ha puesto en nosotros? Parece como si hubiera condicionado la fecundidad de la labor a que seamos fieles. ¡Qué responsabilidad tan grande tenemos! ¡Y qué sentido de la filiación divina, ante esta confianza que Dios nos ha manifestado! ¡Qué ilusión al pensar en la cosecha que se aproxima a esta tierra alemana...! La Obra huele ya a campo cuajado, a cosa hecha a pesar de que veintisiete años no son nada para un ente moral, y menos para una familia que el Señor ha querido promover y que ha de durar mientras haya hombres sobre la tierra, para servir a la Iglesia, para extender el reinado de Cristo, para bien de las almas, para hacer dichosa a la humanidad, llevándola a Dios” (citado en AVP, III, p. 334).

Dos días más tarde recibieron otra corta visita del Padre. Les alentó a seguir trabajando sin desánimo, les habló de perseverancia y de entrega recordándoles unas palabras que repetía frecuentemente: “¡Fieles, vale la pena!”. Durante ese viaje visitó Colonia, Düsseldorf, Maguncia y Coblenza. Hoy en día, una placa de la cripta de la catedral de Colonia, que enumera los santos y beatos que han visitado la catedral, incluye el nombre de san Josemaría Escrivá de Balaguer.

A finales de 1955, emprendió un nuevo viaje por Suiza y Francia, y llegó a Alemania el 30 de noviembre. Celebró la santa Misa en la catedral de Colonia. Después estuvo en Althaus. Como siempre, fue un encuentro lleno de cariño humano y sentimiento sobrenatural. Les dijo con firmeza: “Ha acabado la prehistoria de la región alemana y ahora estamos ya en la historia. Hoy empieza la historia de la Obra en Alemania. Hoy, 30 de noviembre de 1955, entramos

en la historia de esta región. No será algo inmediato, repentino. Requerirá algunos meses... esperar. Pero vendrá gente, saldremos de Bonn, se comenzará a trabajar en labores más diversas” (citado en AVP, III, p. 336).

Siguió viaje a Viena y el 7 de diciembre, a su regreso de la capital austriaca, estuvo de nuevo en Althaus. Contó que habían estado en Viena y que habían llenado de avemarías y de canciones los caminos del centro de Europa (cfr. Diario de Althaus, Bonn, 7-XII-1955: AGP, serie M.2.2, 1-7). Les recordó que tenían que ser fieles, santos... En el momento de irse repetía que no había necesidad de despedirse, porque siempre estaban unidos, *consummati in unum!*

En 1956, estuvo en Suiza, Francia y Bélgica, y el 30 de junio pasó a Alemania. En Aquisgrán hizo una corta parada para rezar en la catedral. En Althaus pudo conocer a uno de los primeros alemanes del Opus Dei, así como a otros estudiantes que frecuentaban el Centro.

En octubre de ese año, las mujeres del Opus Dei instalaron una pequeña residencia, Eigelstein, en Colonia. El 22 de agosto de 1957, tuvieron la primera visita de san Josemaría. Había hecho muchos kilómetros en coche para venir a verlas; estaba contentísimo. Le dolió la extrema pobreza del oratorio, que era provisional. Comentó que daban a Dios todo lo que tenían en medio de esa pobreza, y así ponían el fundamento para que hubiese una gran floración en Alemania. Les entregó dos cajas de bombones suizos. Preguntó si estaban bien de salud y si estaban contentas. Insistió en que ser de las primeras suponía una gracia extraordinaria y exigía también una correspondencia extraordinaria. Se enteró de que no tenían lavadora, e hizo las gestiones necesarias para comprarles una.

El día 24, fiesta de san Bartolomé, llegó por la mañana san Josemaría con don Álvaro a Eigelstein para celebrar la santa Misa. Después estuvieron hablando y las

animó a poner una residencia de nueva planta: vendrían muchas miles. Dependía de su fidelidad y buen humor.

Luego fue a Bonn, donde le esperaba un buen grupo de estudiantes; habían llegado de Suiza, Austria, España y Portugal para asistir a una *Ferienakademie* (academia de verano) en la ciudad de Altenberg. Les habló de la necesidad del descanso, para poder trabajar más; del amor a la libertad propia y a la ajena; del amor a la patria, pero sin estrechez de corazón, y de que tenían que ser fundamento firme, saber desaparecer.

En septiembre de 1958, san Josemaría estuvo de nuevo en Colonia. A sus hijas les llevó un zueco de cerámica de Delft. Les recomendó que, al verlo, pidieran por la labor que pronto comenzaría en Holanda. Habló de viajes periódicos a Amsterdam y comentó que, aunque sabía que no tenían medios económicos y que eran muy pocas, le daría alegría que procurasen hacer ese esfuerzo que redundaría en provecho de la Obra. En este viaje visitó a sus hijos en el Centro de la Comisión Regional de Colonia. El día 22, viajó a la abadía de Maria Laach. También estuvo en Althaus, donde conoció a algunos de los que recientemente habían pedido la admisión en la Obra.

Un año más tarde, el 16 de septiembre de 1959, estuvo otra vez en Althaus. Estaban allí unas quince personas. Uno de los presentes, Rolf Thomas, que había pedido la admisión en el Opus Dei el año anterior, quedó muy impresionado por la firmeza de la fe de san Josemaría, con la que veía al Opus Dei al servicio de la Iglesia. Resume su impresión en estas tres frases que más tarde le oyó decir muchas veces al fundador: “Soñad y os quedaréis cortos; Dios no se deja ganar en generosidad; antes, más y mejor” (THOMAS, 2010, p. 26). Por la tarde, san Josemaría visitó a sus hijas en la Residencia Eigelstein. Les pidió que rezaran por él, para que fuera bueno y fiel. Les instó a que estuvieran siempre muy contentas.

Su última estancia en Colonia fue en mayo de 1960. Estuvo en el Centro de la Asesoría Regional del país. Preguntó a la directora por un próximo viaje que debía realizar a Viena y con este motivo, recordando años pasados, comentó que la guerra era una injusticia, y que también era una injusticia la división de Berlín. Le contaron que seguían buscando un solar para la nueva residencia y san Josemaría prometió ofrecer la santa Misa para que lo encontraran pronto. Ya a punto de dejar el piso, una de las presentes le dijo que estaba dispuesta a irse a Rusia. Comentó entonces san Josemaría que para trabajar en cualquier país, se necesita un mínimo de libertad, pues de otro modo no se puede trabajar ni desarrollar el apostolado del Opus Dei, y añadió: “Hija mía, yo pido por la unidad de este país vuestro; pido también por Berlín, es un deber de justicia. Tenéis que trabajar en todas las regiones alemanas. ¡Qué campo tan inmenso os espera!” (BERGLAR, 2005, p. 261).

### 3. Desarrollo de la labor apostólica

Las visitas del fundador fueron siempre motivo de alegría y de renovación interior, y un estímulo para incrementar la labor apostólica. En su primera visita a las que vivían en la modesta Residencia Eigelsstein, las animó a conseguir una residencia de nueva planta. En su segunda visita les propuso que instalasen otro Centro, fuera de la Residencia; con el tiempo, ese piso de la Asesoría Regional también acabó resultando pequeño para la creciente labor. Adquirieron entonces, en 1963, un chalecito en Lindenthal. En 1958 les pidió que hicieran viajes a Holanda, donde empezaba la labor. Sus iniciativas trajeron siempre un incremento de las personas que frecuentaban los medios de formación que ofrece la Prelatura, tanto por parte de las mujeres como con los varones, en diversos lugares de Alemania.

Muy a menudo san Josemaría decía a sus hijas e hijos que había que ejercer el

apostolado en el país en que se encontraban y extenderlo desde ese país a otros. Desde Alemania se colaboró en mayor o menor escala –con viajes más o menos regulares y después con personas que se trasladaron– a los inicios de Holanda y Austria, y más tarde de Suecia y Finlandia (BERGLAR, 2005, pp. 283-284).

Con la fuerza de sus palabras y la seguridad en su oración, se fueron buscando nuevos instrumentos materiales que contribuyeran a dar realce a la calidad de la formación. Con el tiempo se pudo disponer de inmuebles donde tener cursos de retiros y convivencias. Además, en 1963 se inauguró en Colonia la Residencia Schweidt para universitarios y a partir de 1966 las mujeres contaron con la Residencia Müngersdorf con 119 plazas (SCHELLENBERGER, 2011, p. 53). Anexo a cada una de las Residencias funcionaba un Centro de Formación Profesional. Por razones profesionales, y con el deseo de llevar el mensaje del Opus Dei a todas partes en servicio a la Iglesia, se instalaron también Centros en otras ciudades. Aunque no faltaron dificultades, la labor apostólica continuó desarrollándose.

En 1975, en el momento del fallecimiento de San Josemaría, se contaba con varios Centros en Colonia y Bonn; y, también, en Aquisgrán y Essen. Poco después se abrieron centros en Münster y Múnich. Además, desde esas ciudades se hacían viajes a Berlín, Friburgo, Düsseldorf, Heidelberg, Mönchengladbach, Jülich y Treverís. La labor apostólica entre los sacerdotes también había crecido. Buen signo de ese desarrollo apostólico es el hecho de que, cuando en enero de 2002, y con motivo del centenario del nacimiento de san Josemaría, se celebró una Misa solemne, miembros del Opus Dei y amigos llenaron por completo la catedral de Colonia. Y algo análogo ha acontecido en años posteriores.

*Voces relacionadas:* Viajes apostólicos.

**Bibliografía:** AVP, III, pp. 313-391; Peter BERGLAR, *Josemaría Escrivá. Leben und Werk des Gründers des Opus Dei*, Köln, Adamas, 2005; Josef FRINGS, *Für die Menschen bestellt. Erinnerungen des Altbischofs von Köln*, Köln, Bachem, 1973, pp. 149-150; Enrique GUTIÉRREZ RÍOS, *José María Albareda*, Madrid, Magisterio Español, 1969; Álvaro DEL PORTILLO, *Una vida para Dios. Reflexiones en torno a la figura de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, Homilias y otros escritos*, Madrid, Rialp, 1992; Barbara SCHELLENBERGER, "Das Studentinnenheim Müngersdorf - eine Initiative des heiligen Josemaría: 1957-1966", *SetD*, 5 (2011), pp. 53-76; Rolf THOMAS, *Josemaría Escrivá begegnen*, Augsburg, Sankt Ulrich, 2010.

Ana María QUINTANA GONZÁLEZ

## ALMA SACERDOTAL

1. El alma sacerdotal del cristiano. 2. Alma sacerdotal y mentalidad laical. 3. María Santísima, modelo para el alma sacerdotal del cristiano.

San Josemaría vivió de manera singular la identidad con Cristo que predicó para todo sacerdote y para todos los bautizados. "¿Cuál es la identidad del sacerdote? La de Cristo. Todos los cristianos podemos y debemos ser no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*: otros Cristos, ¡el mismo Cristo! Pero en el sacerdote esto se da inmediatamente, de forma sacramental" (AIG, p. 70). Su existencia fue una vida sacerdotal en íntima identificación con los sentimientos de Cristo. Todos sus gestos estaban penetrados de afán mediador: interceder continuamente a Dios por las almas, acercarse y acercarlas, una a una, al amor paterno de Dios invitándolas a penetrar en las riquezas insondables de la vida cristiana.

Contemplaba a la Iglesia como el conjunto de los fieles cristianos llamados todos a la santidad, en orgánica conjunción de dones y funciones, jerárquicamente estructurada –sacerdocio ministerial y sa-

cerdocio común–, que había de continuar en el tiempo la misión redentora y santificadora de Jesucristo, Cabeza de su Cuerpo Místico (cfr. LG, 7-8). Se sintió urgido a dar a conocer esta verdad capital: "He predicado constantemente esta posibilidad sobrenatural y humana, que Nuestro Padre Dios pone en las manos de sus hijos: participar en la Redención operada por Cristo" (AD, 263).

Las enseñanzas del fundador del Opus Dei giran alrededor de nociones específicamente sacerdotales: mediación, salvación de las almas, sacrificio. Y la universalidad de la llamada a la corredención, que está en la entraña misma de su mensaje, brota como consecuencia de la claridad y precisión teológica y jurídica con que plantea la igualdad radical de todos los fieles cristianos en la Iglesia, fundamentándola en su aspecto más profundo: la identificación con Cristo que conlleva la participación en su misión redentora, cada uno según su propia vocación y sus específicas circunstancias.

### 1. El alma sacerdotal del cristiano

Para comprender el contenido que tiene la expresión "alma sacerdotal" en la predicación de san Josemaría, parece necesario hacer referencia a sus enseñanzas sobre el sacerdocio común, donde encuentra su fundamento.

Esta doctrina, elaborada a partir de las fuertes expresiones de la Sagrada Escritura (cfr. Ex 19, 5-6; Is 61, 3-6; Rm 12, 1; 1 P 2, 4-5, 9-10; Flp 2, 5; Ap 1, 5-6) y de los Padres, es una constante en sus escritos. Tiene matices en gran parte originales como fruto de la hondura con que medita sobre el misterio de la Redención y de su carisma fundacional: abrir en la Iglesia un camino de santidad, de "almas contemplativas en medio del mundo" para santificar –redimir– el mundo desde dentro.

## **Aviso de Copyright**

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.